

PARTE SEGUNDA

El mártir del corazón.

La fatalidad abre heridas en el corazón, que sólo puede cerrarlas la muerte.....

..... Casi siempre el mundo castiga inhumano a la virtud; pero el martirio que ésta sufre en la tierra, es la llave de las puertas del cielo; y es que la virtud tiene rasgos que las mezquindades humanas hacen que se escapen a la débil penetración del hombre, y no pudiendo apreciarlos más que Dios, tan sólo a Dios le es posible darles la recompensa. — (José Marco, *Cartas á la autora.*)

I

Era cerca del anochecer, y un frío intenso se dejaba sentir en las calles de Toledo. Elevábase soberbio el alcázar de los Reyes de Castilla, y sus estancias se iban iluminando poco á poco.

Aquel suntuoso edificio, tan silencioso y lúgubre durante el reinado de Pedro I, como todos los que éste habitaba, veíase ahora risueño y animado: á los terribles ballesteros de maza, había sucedido la elegante guardia de Enrique II *el Dativo*; á las sombrías figuras de los escuderos de D. Pedro, los hermosos pajes y los gallardos donceles, algunos de los cuales llevaban su laúd para divertir los oídos de la hermosa Reina, que se solazaba en extremo con sus trovas, ó para acallar el llanto del Infante Don Juan, niño de pocos años.

A través de los tapices mal corridos de los balcones, se dibujaba de cuando en cuando la esbelta y graciosa figura de una dama de honor que pasaba al tocador de la Reina; otras veces, un camarero atravesaba los salones con una lámpara encendida en cada mano, despidiendo la brillante llama mil chispas al reflejarse en el oro luciente del pebetero que la contenía.

Aquella noche había gran recepción en el alcázar. Enrique II recibía á todos los Embajadores de las naciones aliadas y á todos los enviados de las ciudades de sus reinos, que no habían podido aún felicitarle por su advenimiento al trono á causa de su vida errante; además, él mismo había aplazado esta ceremonia para cuando se reuniese con su muy amada esposa Doña Juana Manuel, bella y angélica criatura que sólo contaba veinte años de edad.

Tres días después de llegar la Reina y el Infante á Toledo, á donde habían ido desde Burgos, se reunió con ellos D. Enrique, dejando á Sevilla después de convocar Cortes en aquella ciudad y de hacerse reconocer por ellas.

En la tarde de que vamos hablando hacíanse grandes preparativos en el alcázar: la audiencia estaba señalada para las nueve de la noche, y el salón de Embajadores quedó á las siete magníficamente decorado é iluminado.

Era el día 4 de Marzo: la luna clara y hermosa iluminaba los góticos torreones del alcázar, que se dibujaban en el empedrado pavimento.

A las ocho empezaron á llegar los cortesanos, prelados y ricos-hombres del reino, cada uno con lucido séquito de pajes, donceles y escuderos: algunos se detuvieron á las puertas del alcázar formando grupos y entreteniéndose en varias conversaciones.

De súbito un confuso rumor los hizo enmudecer, y bien pronto no fué sólo el oído el sentido que les quedó suspenso, porque fijaron todos sus ojos en el extraño espectáculo que se les presentaba.

Á la luz de la luna divisaron á una mujer que corría, perseguida de cerca por una turba de muchachos: la infeliz llevaba los pies desnudos y ensangrentados, y cuando se aproximó á los nobles, todos ellos pudieron ver que estaba flaca y pálida en extremo.

Los traviesos muchachos la seguían cada vez más de cerca, gritando descompasadamente:

—¡La loca!... ¡la loca!...

Por fin llegó la desdichada á las puertas del alcázar: casi muerta de terror y de fatiga, fué á refugiarse en el grupo de ricos-hombres que tenía más próximo, y dejándose caer de rodillas, gritó con voz lenta y sofocada:

—¡Tened piedad de mí!... ¡Me arrojan tantas piedras!... ¡Me lastiman tanto!... ¡Van á matarme!...

—¿Quién es esta mujer?—preguntó D. Pedro González de Mendoza á D. García de Albornoz.

—No sé—contestó el interpelado:—no la conozco... ¡Calle!... se ha desmayado, aquí, á nuestros pies... ¡Estamos bien, por Dios!

—¿Cómo bien? Vámonos y...

—¿Dejándola así?

—¡Pues no! ¿Qué queréis hacer con ella?

—¡Pobre infeliz!—murmuró D. Pedro Gutiérrez:—veamos siquiera qué cara tiene.

El caballero levantó la cabeza de aquella desgraciada, la apoyó en sus rodillas, y la luna iluminó de lleno el semblante que quería ver.

—¡Por Dios Santo, que es el ángel más hermoso que puede hallarse en la tierra!—exclamó D. Pedro.—¡Qué cabellera tan sedosa, negra y rica! ¡Qué ojos, aún cerrados! ¡Qué tez! ¡Qué facciones todas! ¡Este divino rostro tiene un

conjunto de sublimidad, sencillez y misterio, que yo no he visto jamás!

Bien hubiera podido seguir en sus alabanzas durante largo rato el caballero, sin que nadie le interrumpiese; los cortesanos contemplaban absortos la soberana belleza de aquella joven, á quien los muchachos llamaban *la loca*.

Parecía no pasar de esa dichosa edad en que el corazón vive sólo de ilusiones: su traje de luto era el de las villanas de Castilla, pero destrozado y hecho giras; sus piecitos, que cabían en una sola mano de aquellos grandes señores y parecían formados de mármol de Carrara, estaban descalzos y cruzados por sangrientos surcos; sus brazos y sus manos eran delgados en extremo, sin que por eso hubieran perdido sus suaves y hermosos contornos; sus largos cabellos negros, lucientes y rizados, estaban destrenzados, envolviéndola como en un manto de seda, y se veían ceñidos por una riquísima joya de extraña forma: era una diadema de tres hilos de gruesas perlas, abrazadas en medio por un joyel de diamantes de incalculable valor.

—¡Soberbia alhaja!—dijo uno de los prelados:—mirad qué divino contraste hacen esas perlas con el azabache de su cabellera.

Un movimiento de la joven fijó la atención de todos: abrió los ojos, y dirigió en torno suyo una mirada de asombro y de aflicción; levan-

tando después la cabeza, apartó los abundantes rizos que cubrían su frente, y observó medrosa toda la extensión de la plaza.

—¡No están ya!... ¡Gracias á Dios que se han ido!—murmuró exhalando un suspiro de consuelo.

—¿A quién buscáis, niña?—preguntó Don García de Albornoz.

—Miraba, señor—contestó con voz dulce y triste,—si me esperaban aún aquellos muchachos que tanto me han maltratado.

—No los temáis: ya los hemos hecho huir.

—¡Ah, gracias, señores, gracias!—exclamó ella cruzando las manos.—¡Dios os lo pague!

—¿De dónde venis, niña?

—De Burgos.

—¿Cómo os llamáis?

—Berenguela.

—¿Berenguela de qué?

—Creo que no tengo apellido: á lo menos no lo conozco yo.

—¿Qué edad tenéis?

—Diez y nueve años.

—¿Qué venis á hacer á Toledo?

—He venido á buscar á Florestán.

—¿Quién es Florestán?

—Un hombre que me amaba mucho, y á quien yo amo con toda mi alma.

—Para estar loca—dijo un Obispo,—habla con demasiado concierto.

—¡Loca!—repitió Berenguela estremeciéndose:—¿verdad que no estoy loca, señor? ¡Oh, decidme, por Dios, decidme todos que no! ¡Loca! ¡loca! Mi madre aseguraba que lo estaba, y por no perder la razón, á fuerza de oírsele decir, hui de Burgos... ¡y ahora, en los tres días que voy recorriendo todas las calles de Toledo en busca de Florestán, las gentes que me ven me llaman también la loca, me persiguen y me maltratan!...

—¡Pobre joven! ¿Y á dónde os dijo Florestán que se iba?

—El se fué con el Rey de Castilla cuando salió de Burgos, hace trece meses: con el Rey debe estar, y yo he oído decir que S. A. está en Toledo. ¿Podéis, buenos señores, decirme dónde vive?

—¿Quién?

—El Rey.

—Aqui,—dijo sonriendo y señalando al alcázar uno de los cortesanos.

—¡Ah, pues entonces aquí encontraré á Florestán!—gritó Berenguela, precipitándose hacia la puerta y penetrando en el primer patio.

—¡Buena la habéis hecho, D. Nuño!—dijo González de Mendoza:—por culpa vuestra va á armarse un escándalo en el alcázar.

—No la dejarán pasar—dijo otro noble;—pero sigámosla de cerca: esa pobre niña me interesa.

Los nobles siguieron á Berenguela y se detuvieron observando en el patio primero, donde, en efecto, ya la habían detenido los primeros guardias del Rey.

II

Los cortesanos no quisieron avanzar, á fin de que su presencia no embarazase á los soldados.

—Se acabó—dijo uno al ver que el colo juio entre éstos y la joven se prolongaba:—de ahí no pasa.

No fué así, sin embargo: quitóse la doncella su riquísima diadema, y la mostró á los soldados diciendo algunas palabras; á la vista de aquella joya se apartaron, abriéndole paso, y pudo llegar hasta la suntuosa escalera, tapizada é iluminada.

Allí había otra guardia: Berenguela presentó la diadema, que conservaba en la mano, y pasó también, llegando hasta el peristilo. Su talismán le abrió paso igualmente por en medio de los soldados, escuderos y pajes que llenaban las galerías y que la miraban asombrados.

En el momento en que Berenguela ponía el pie en la primera antecámara, el reloj del alcázar dió lentamente las nueve de la noche: el eco de los clarines y atabales que retumbó en

los patios, se confundió con las últimas vibraciones de la campana; y anunció á los nobles que habían llegado las Embajadas y que estaba abierta la audiencia.

Consternados los cortesanos por haber faltado á la etiqueta, aceleraron su marcha y penetraron en la cámara real, á fin de rodear el trono antes que llegasen los Embajadores, que ya subían la escalera.

Berenguela los vió pasar uno á uno tranquilamente, y siguió en pos de ellos, abriéndole paso su corona de perlas.

Enrique II recibió á los cortesanos con su grata y benévola sonrisa, á pesar de su tardanza: estaba sentado en el solio, y vestía un riquísimo traje de ceremonia; su túnica de púrpura, larga hasta la garganta de sus pequeños pies, calzados con borceguies de brocado, bordados de oro, estaba bordada igualmente en su derredor de riquísima pedrería, y sujeta con un ceñidor de oro; llevaba el manto real prendido en el hombro derecho con un broche de diamantes, y su corona era de una riqueza deslumbradora.

Sentada junto á Enrique II estaba su esposa, vestida con un suntuoso traje de seda y oro, y recogidos sus rubios cabellos en una redcilla de corales, que remataba, junto á la frente, en una corona de oro y pedrería.

Ya que hemos hecho el retrato del Rey cuan-

do enamoraba á Berenguela bajo el fingido nombre de Florestán, digamos algo de la Reina, de esa bella y virtuosa Princesa, tan injustamente olvidada de todos los historiadores.

Llegaría apenas Doña Juana á los veinte años: era de estatura más bien baja que alta, y de formas delicadas y esbeltas; la pura y suave blancura de su semblante oval estaba animada por sus grandes ojos azules y límpidos que brillaban bajo los tendidos arcos de sus cejas pobladas, sedosas y de un hermoso color castaño; sus cabellos, también castaños y abundantes, estaban peinados en gruesas trenzas, y se escapaban por debajo de la red en numerosos rizos; formaba su boca un arco de coral, y su nariz parecía robada al rostro de una estatua griega.

En su bella y simpática fisonomía sólo se descubría el sello de la más dulce bondad cuando estaba tranquila: no obstante, el orgullo era la pasión dominante en el alma de aquella joven, y al más leve choque chispeaban sus ojos, encendíanse sus mejillas y su frente se cubría de un subido carmin.

Sabía que D. Enrique se había casado con ella por razones de Estado, una de las cuales fué el deseo de procurarse el auxilio de su padre D. Fernando Manuel, poderoso señor que más de una vez le libró de las asechanzas del Rey su hermano; y aunque á la sazón solamente contaba Doña Juana doce años, no se esca-

paron á su perspicacia las miras del Infante al unirse á ella.

La hija de D. Fernando Manuel, retirada en uno de los castillos de su padre desde el día de su casamiento, no pensó en su esposo durante los tres primeros años de su matrimonio; mas al cumplir quince, su orgullo de mujer y su dignidad de Princesa se rebelaron, y escribió á D. Enrique que quería reunirse á él. Sabido es que al ir á donde su esposo la esperaba, cayó en manos del Rey D. Pedro, y que éste la retuvo en su poder hasta que uno de sus camareros se la robó, seducido por el oro de D. Enrique, y la acompañó hasta Aragón, donde se hallaba el Infante.

Poco tiempo después volvió á separarse de ella por el nuevo giro que tomaron los negocios políticos. Doña Juana permaneció en la corte de Pedro IV *el del Puñal*, y en vano todos los magnates de Aragón rindieron un tributo de amor á su belleza: la Condesa de Trastámara, que ya había dado á luz al Infante Don Juan, se mantuvo fiel á su esposo, escudada por su austera virtud, no obstante su tierna edad, y permaneció en Zaragoza hasta la muerte de D. Pedro I de Castilla: entonces marchó á Burgos para asistir á la coronación de su esposo por Rey de Castilla y de León; mas aunque sospechaba todas las intrigas amorosas, en que tan fecunda fué la juventud de D. Enrique,

y aun llegó á saber algunas con certeza, no le habló, á fuer de mujer orgullosa, de ninguna de ellas, y siguió amándole, no con pasión, pero sí con el tranquilo cariño que siempre le había profesado; además, nada sabía de los amores de Berenguela, que era realmente la única mujer, inclusa la suya, que había logrado conmover hondamente el corazón del versátil Enrique II.

Perdónesenos esta digresión, necesaria para dar á conocer algún tanto á la Reina de Castilla en el momento de presentarla á nuestros lectores, y volvamos á ocuparnos de la cámara real.

A la derecha del Rey estaba en pie un ricohombre, que tenía en los brazos al Infante Don Juan, vestido de gala.

No bien acababa de colocarse cada uno en el sitio marcado por la etiqueta, cuando se oyó á lo lejos un confuso murmullo mezclado con voces de mujer. Era que la guardia de la antecámara no dejaba pasar á Berenguela.

Miráronse los cortesanos haciéndose señas de inteligencia; mas el Rey, absorto en acariciar á su hijo, que reía á carcajadas, no se apercibió de ello. Divertíase el Monarca en golpear con su cetro las tiernas mejillas de su hijo, y el frío contacto del oro redoblaba la risa del Infante en vez de hacerle llorar: diríase que el regio niño adivinaba que aquel juguete era el signo de su futura grandeza.

Pero al fin creció tanto el tumulto y se percibieron tan claros los sollozos de una mujer, que el Rey levantó la cabeza y Doña Juana escuchó con atención.

—Id á ver qué sucede, Hernández,—dijo Don Enrique á un joven gentilhomme, que salió al instante.

Mas aún no había tenido tiempo de llegar á la antecámara, cuando se oyó la severa voz de Alvar Pérez de Guzmán, capitán de guardias del Rey.

—Yo os mando que la dejéis pasar—gritó con acento que no admitía réplica.—Hace once meses que S. A. me dió terminantemente esa orden, y yo ni olvido ni contravengo jamás las órdenes del Rey.

El murmullo cesó, y un instante después se precipitó Berenguela en la cámara real.

Venia la infeliz pálida y desmelenada; sus desnudos y heridos pies dejaban en pos de ella sangrientas huellas; sus delicadas muñecas estaban enrojecidas por los bruscos estrujones de los soldados, y su espalda, que pudiera servir de modelo para una Venus, estaba macerada y llena de manchas cárdenas, muestra clara de los golpes con que la habían maltratado; en su hombro izquierdo se veía una ancha y profunda herida, que por su forma particular atestiguaba haber sido hecha por una daga.

Sólo el semblante se conservaba puro, herido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALEJSSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

moso, sublime: aquella criatura, arrojada así en medio de aquella regia magnificencia, entre aquellos torrentes de seda, luz y pedrería, parecía el ángel del dolor, enviado por Dios para advertir á los grandes de la tierra lo engañoso de los goces mundanos.

Berenguela llegó al centro del salón de Embajadores y se detuvo allí; pero su hermoso rostro no se inmutó ni dió muestra alguna de asombro: tendió su vista por toda la estancia, y dió algunos pasos más hacia el grupo que rodeaba el trono, el cual estaba situado en el extremo de la cámara que daba frente á la puerta de entrada.

Entonces sus grandes y tristes ojos se fijaron en el solio y en la persona que le ocupaba como el punto más culminante: durante algunos momentos clavó sus miradas con indefinible afán en el rostro del Monarca, que se había puesto en pie al verla entrar, y por fin se dejó caer en sus brazos, gritando con un acento arrancado á lo más íntimo de sus entrañas:

—¡¡Florestán!!...

Los nobles se miraron unos á otros atónitos y consternados: habían adivinado quién era el amante de la desdichada niña y cuál era la causa de su enajenación mental; habían visto á la Reina levantarse ante aquella aparición con los ojos espantados, y su fisonomía descom-

puesta les presagiaba que pronto debía estallar el huracán que destrozaba su alma.

En cuanto al Rey, la sorpresa le había dejado inmóvil al ver entrar á Berenguela; mas al eco dulce de aquella voz un mundo de profundas sensaciones y de tiernísimos recuerdos se levantó en su alma, y abrió sus brazos á la doncella, que reclinó en el pecho del Rey la abatida cabeza.

—¿A qué has venido aquí, pobre niña?—murmuró D. Enrique al oído de Berenguela.

—He venido á buscarte, Florestán...—dijo la joven con el acento débil, lento y dulcísimo que le era peculiar;—¡te he esperado tanto tiempo!... y luego... cuando perdi la esperanza de que volvieras, creí que enviarias á buscarme y torné á esperar con paciencia... ¡pero me sentía morir y he querido verte... antes de dejar este mundo!...

Apenas se percibieron las últimas palabras de la doncella, su palidez se hizo más intensa y quedó inmóvil y yerta entre los brazos del Rey.

—¡D. Garcia de Albornoz!—gritó la Reina dirigiéndose á su capitán de guardias,—¡quitate de mi vista á esa mujer!

—¡Sus señorías, los enviados de la buena ciudad de León!—anunciaron los camareros, levantando los tapices de la puerta, para dar paso á una brillante comitiva de arrogantes

caballeros con los blasones de León en las vestas.

—¿No me habéis oído, D. García?—repitió Doña Juana, irguiéndose altanera al ver que el capitán permanecía inmóvil y que los Embajadores de todos los países, que ya llenaban el salón, contemplaban suspensos el extraño espectral que ofrecía aquella mendiga en los brazos del Rey.—¡De orden mía detened presa á esa mujer!...

Adelantóse D. García con inseguro paso hasta las gradas del trono, y esperó á que el Rey le entregase á Berenguela.

—¡Atrás! ¡seor capitán!—grito con imperiosa voz un caballero leonés que salió del grupo de los enviados.—¡Paso al Conde de Carrión! ¡Nadie más que el puede guardar á la Infanta de Castilla!

—¡La Infanta de Castilla!—repitió la Reina con temblorosa voz, y dejándose caer en su asiento.

Entonces, aprovechándose el Conde del asombro que esta revelación produjo en el Rey, tomó á Berenguela en sus brazos y atravesó con ella el salón por en medio de la asombrada multitud.

III

Eran las doce de la noche en que Enrique II había recibido á los Embajadores de las naciones aliadas; la luna, que había alumbrado la entrada de las comitivas en el alcázar, se había ocultado ya, y únicamente un sucio farolillo, que ardía ante una imagen del Crucificado, daba alguna claridad á la plaza en que estaba situado el regio edificio.

Acababa de sonar la hora de las apariciones cuando se abrió cautelosamente la puerta del alcázar, y dos hombres salieron á la calle, cerrándose inmediatamente la morada de los Reyes.

Uno de aquellos hombres era el mismo Florestán, que algunos meses antes vimos salir del alcázar de Burgos en una helada tarde de invierno, y dirigirse á casa de la señora Urraca para ver á Berenguela. Llevaba el mismo modesto traje gris, y el mismo ancho manto negro que aquel día lo cubría: sólo su cabeza estaba resguardada esta noche por un sombrero de anchas alas.

El otro era un personaje de elevada y robusta estatura, bigotes canos y altanero semblante; llevaba un manto gris, una gorra sin plu-

ma y una larga espada pendiente de un ancho talabarte.

—¿Nos abrirán, Nuño?—preguntó D. Enrique á su acompañante.

—Espero que sí, señor—contestó el interpellado:—llamaré yo, y creo que el Conde de Carrión nos recibirá, á pesar de que siempre nos hemos odiado recíprocamente.

—¡Por Dios, que si no aclaro pronto este misterio, voy á volverme loco, Sandoval!—exclamó el Rey con doloroso acento.

—Yo ayudaré á V. A., señor: según mi pobre inteligencia, no hay aquí misterio alguno; el ambicioso D. Alvaro, que reinó absolutamente en el ánimo de vuestro padre, brama ahora de furor porque no domina del mismo modo á su hijo; pero su rabia no le ofusca hasta el extremo de impedirle urdir alguna trama que le conquiste el puesto que ambiciona.

—Sin embargo, Nuño, el Conde era el mejor amigo de mi padre, y tiene dadas pruebas de que no es ambicioso, como tú le llamas: cuando murió D. Alonso, en vez de hacerse partidario de D. Pedro para medrar, vino á mis tercios y defendió bravamente mi causa, aunque yo, pobre y errante, nada podía darle; más de una vez he tenido que recurrir á sus rentas, en medio de mi escasez, y su bolsillo y su vida han sido siempre del bastardo desvalido.

—Es que adivinaba que el Infante errante y

perseguido sería antes de mucho el poderoso Rey de Castilla y León,—dijo el pérfido Sandoval, evitando con una astucia, llena de delicadeza, el repetir á D. Enrique el título de bastardo con que él mismo acababa de nombrarse.

El débil Monarca guardó silencio algunos instantes, convencido á medias por las traidoras razones que empleaba, en daño del Conde de Carrión, su actual privado D. Nuño de Sandoval.

—¿Qué podía inducirle á tal creencia?—dijo al fin.—¿Cómo podría prever D. Alvaro que llegaría á ser mío el trono de mi padre?

—El Conde de Carrión, señor, ha estado siempre demasiado informado de cuanto pasa en el reino, para que le fuese desconocido el odio que todo él profesaba al cruel y sanguinario D. Pedro; y su buen juicio le decía que, tarde ó temprano, este odio acabaría por derribar del trono á vuestro hermano.

—¿Luego concedes talento, al menos, al Conde de Carrión?

—Le concedo tanto, señor, que os encargo, con todas las veras de mi alma, que estéis muy sobre aviso y que no cedáis un punto ante él.

—En efecto—murmuró el Rey:—si hay trama aquí, debe ser colosal, porque no se toma en boca como quiera la sangre real de Castilla.

El silencio no volvió á interrumpirse, hasta que ambos personajes llegaron á una casa de

gran apariencia, situada cerca de la plaza mayor.

—Aquí es, señor—dijo D. Nuño deteniéndose y preparándose á llamar:—esta casa tiene todas las señas que me ha dado el escudero de D. Alvaro.

—Llama, pues, y ya sabeis lo demás.

Sandoval sacudió fuertemente el aldabón, y á poco una voz vigorosa preguntó desde adentro:

—¿Quién va?

—Dos caballeros que desean ver al Conde de Carrión para un asunto muy importante,—contestó D. Nuño.

Notóse que se alejaba la persona que había preguntado, y un instante después volvieron á sentirse pasos próximos; la puerta se abrió, y dos escuderos precedieron con bujías á D. Enrique y su privado hasta la estancia del Conde.

Este se levantó cortesmente para recibir á su visita, y á una seña suya desaparecieron los servidores. El Rey se despojó del manto y del sombrero, imitándole D. Nuño, y ambos mostraron sus fisonomías al Conde.

—¡Ah, señor!—exclamó éste,—¡cuán grande merced me hace V. A. dignándose honrar mi casa!

—Esta honra no debe ser nueva para tí, Alvaro, porque sabes que te la he concedido muchas veces—dijo el Rey con dulce gravedad;—además, el caso que ahora motiva mi visita es

harto importante también, y yo hubiera dejado á un lado toda clase de consideraciones, aun cuando no te amase como te amo.

—Ya sé yo que, en otro tiempo, me amaba mucho V. A.—dijo el Conde con ternura, y fijando en los ojos del Monarca los suyos humedecidos.

—Hoy te amo lo mismo, Alvaro, créeme: tu quebrantada salud te impidió permanecer á mi lado; pero hoy, que la creo recobrada, vengo á rogarte que vuelvas á él.

La frente de Sandoval se enrojeció de ira, en tanto que la de D. Alvaro brilló con un rayo de dicha.

—¡No volverá á ocupar sitio tan alto, por quien yo soy!—murmuró el primero.

—¡Dios os bendiga, señor!—exclamó el segundo con toda la efusión de su alma.

—Pero antes, Alvaro—continuó el Rey,—antes es preciso que me aclares un terrible misterio que en vano me afano por comprender. ¿Dónde está esa joven que sacaste desmayada de mi alcázar esta noche?

—Cerca de nosotros, señor.

—¿Por qué le diste el título de Infanta de Castilla?

—Permitame V. A.,—dijo el Conde,—que no le conteste hasta que estemos solos.

Y su severa mirada se posó en D. Nuño, que la sostuvo con altanería.

—¿Por qué?—preguntó el Monarca, en cuyos ojos chispeaba ya la ira.

—Por razones que luego aprobará V. A.

—Salid, Sandoval,—dijo el Rey á su favorito, que se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—La joven á quien esta noche di el título de Infanta de Castilla, lo es efectivamente, señor—dijo el Conde así que la puerta se hubo cerrado, y después de asegurarse por sí mismo de que D. Nuño no podía oírle.—Es hija, como V. A., de D. Alonso XI y de Doña Leonor de Guzmán.

—¡Mientes, miserable!—gritó el Rey, levantándose con los puños crispados y los ojos brillantes de furor, al oír las terribles palabras que acababa de proferir el Conde.—¡Mientes, sí, y tu solo designio es apartar de mí á esa mujer, que te juro ha de ser mía!

—Berenguela es hermana de V. A., señor, y por la memoria de su padre os juro yo también que jamás será vuestra manceba.

El Rey y el anciano Conde se encontraron en pie, frente á frente, en actitud amenazadora y lanzándose miradas iracundas.

—¡Pruebas de lo que dices!—murmuró Don Enrique con voz sofocada.

—Ninguna existe: vuestro padre me confió la Infanta, fiando sólo en mi honradez.

—¿Quieres hacerme creer que un padre aban-

dona á su hija, sin darle una seguridad para el porvenir?

—D. Alonso no abandonó á su hija, confiándola á mi cuidado.

—Escúchame, Alvaro—dijo el Rey, haciendo un violento esfuerzo para serenarse:—basta lo que has dicho para que yo desista del propósito de hacer mía á esa joven; basta, sí, el haberte oído decir que era hermana mía, para cambiar la naturaleza de mi pasión... Pero nada hay en el mundo capaz de apagarla. Ella es la única mujer que ha hecho latir mi corazón... la única que ha despertado mis pasiones dormidas... Cuando la encontré en mi camino, ya estaba próximo á desistir del propósito de apoderarme del trono de mi hermano, porque ningún Monarca cristiano quería ayudarme en mi empresa; pues bien: por esa mujer doblegué mi altivez hasta pedir auxilio á la Francia; por esa mujer, sin dinero y casi sin soldados, me propuse ser Rey; sí: por ornar su frente de grandeza, ambicioné el trono de Castilla, y para conseguirlo hundi mi daga en el pecho de mi hermano. Por ella he arrostrado los remordimientos que sin cesar me persiguen, y estos remordimientos, Alvaro... ¡solo en su presencia se aduermen ó se acallan!...

—¡Desdichado!—murmuró el Conde de Carrion, cubriéndose el semblante con las manos.

—Sí, tienes razón, Alvaro, soy muy desdi-

chado: no intentes, pues, quitarme el único bien que me resta... Dame esa mujer, Alvaro, dámela; yo te juro que, aunque no creo que es hermana mía, la respetaré como á la Madre de Dios: ni aun mi mano tocará á la suya... ¡Sólo quiero que viva bajo el mismo techo que yo; tan sólo ansio hablarle todos los días, ver cerrar sus párpados al sueño, verla despertar... beber en sus ojos la vida, y en su dulce sonrisa la tranquilidad que falta á mi conciencia!... ¡Alvaro, Alvaro... yo necesito á esa mujer!...

—Yo no puedo dársela, señor.

—¡Vive Dios!...

—Es vuestra hermana.

—¿Quién me lo asegura?

—Mi palabra de cristiano y caballero.

—¡No me basta!—gritó el Rey ebrio de furor;—¡no me basta, villano, porque tu ambición actual ha ahogado tu antigua hidalguía!...

—¡Ah!...—exclamó el Conde, llevando ambas manos al corazón, como si hubiera recibido en él un golpe mortal. Y el infeliz anciano rompió á llorar amargamente.

Mas el Rey no pudo reparar en el efecto que su cruel injuria habia producido: furioso como el león encerrado en una jaula, daba vueltas por la estancia lanzando sonidos inarticulados.

—¡Berenguela!—gritó al fin, —¡Berenguela!... ¿Dónde estás que no oyes mi voz?...

Y arrojándose casi falto de razón á la puerta

de la estancia, la abrió impetuosamente y echó á correr por las largas galerías llamando á la Infanta con voces descompasadas.

—¡Teneos!...—gritó el Conde, que le seguía de lejos, y que le vió pararse junto á una puerta cerrada, que ocupaba el extremo de una galería. Pero era tarde: la puerta, sacudida por el frenético Enrique, se abrió de par en par, presentando á la vista el aposento de la Infanta.

—¡Hola, Sandoval! ¡mis ballesteros aquí!—gritó el Rey antes de penetrar en la estancia.

D. Nuño salió de otro aposento cercano, atravesó la galería y desapareció en la escalera, alumbrada por teas de resina.

IV

Dormía la Infanta tan profundamente, que no oyó entrar al Rey ni á D. Alvaro: su lecho virginal, blanco como las paredes y el pavimento de su dormitorio, estaba débilmente alumbrado por una lámpara de plata; su negra cabellera, recogida en dos gruesas trenzas, hacía inclinar hacía atrás su cabeza; pálido como un busto de mármol estaba su semblante, y sólo animado por la riquísima y poblada franja de sus largas pestañas negras; su maltratada espalda y sus magullados brazos estaban modes-